

¿Cuál es tu 'fantasía' sobre China?

[James Mann](#)

Casi dos décadas después de la matanza de Tiananmen, China sigue en las garras del Partido Comunista. En EE UU, un libro está polarizando la opinión sobre el grado actual de represión en el Imperio del Centro. El veterano periodista James Mann expone en su último obra China's Fantasy (La fantasía de China) sus dudas sobre una lenta apertura política del gigante asiático y acusa

a conocidos miembros de la élite política y universitaria de vender falsos juicios optimistas. David Lampton, uno de los politólogos atacados, y el reportero se enfrentan en este cara a cara sobre el incierto futuro de sus 1.300 millones de habitantes.

Pregunta equivocada –David Lampton

Después de que la aplastante victoria de Mao Zedong hiciera añicos las grandes esperanzas de democracia en China, reconocidos expertos en aquel país –estudiosos como Owen Lattimore y funcionarios del Departamento de Estado de EE UU como John Service–, que habían puesto en duda esos sentimientos tan admirables, pero poco realistas, y habían alegado los triunfos de Mao y los fracasos del líder del Kuomintang [partido nacionalista chino que se refugió en Taiwan tras ser derrotado en 1949 por los comunistas] Chiang Kai-shek, fueron acusados, por increíble que parezca, de haber contribuido al resultado.

El último capítulo en esta historia de búsqueda de chivos expiatorios es *The China Fantasy: How Our Leaders Explain Away Chinese Repression (La fantasía de China: Cómo nuestros líderes quitan importancia a la represión china)*, la curiosa y controvertida obra de James Mann, que cuenta que un complejo engranaje de dirigentes políticos, estudiosos y hombres de negocios se ha aprovechado de la credulidad del pueblo y el Congreso estadounidenses para endilgarles la “fantasía” (es decir, el “fraude”) de que China está progresando. Mann no hace ninguna propuesta política, pero parece estar a favor de ejercer presiones sobre este país –sin especificar cómo– para que implante la democracia y respete los derechos humanos.



En opinión del autor, son los más veteranos especialistas en el Imperio del Centro los que, para proteger sus propios intereses, impiden que la

democratización de China pase a ocupar un lugar prioritario entre los intereses nacionales de Washington.

Mann parece no haber entendido que la idea de la apertura política gradual del *gigante asiático* era (y sigue siendo) una expectativa que debe concretarse a largo plazo, y no una garantía. El propósito de la estrategia de compromiso es, más bien, defender los intereses de Estados Unidos, de los que la democratización no es más que uno, y quizá ni siquiera el más importante.

De hecho, China está hoy mucho más dispuesta a cooperar en cuestiones importantes para Washington; no representa un peligro de proliferación tan grave; sus habitantes tienen mucha más libertad para hacer realidad sus posibilidades individuales, y ha pasado de ser un régimen totalitario, con Mao, a ser un sistema autoritario en el que una clase dirigente atrincherada, pero cada vez más amplia, parece tener menos ambiciones de controlar la sociedad.

Al examinar los numerosos defectos que sigue teniendo China, es fácil impacientarse con la política estadounidense. Pero, como demuestran los esfuerzos de Mann, es mucho más complicado diseñar una estrategia alternativa que sea viable. Los que exigen “la democracia primero” deben pensar si EE UU tiene una capacidad de actuación a la altura de esas aspiraciones, si otras potencias mundiales seguirían a Washington y si el posible caos que se produciría en el país asiático sería, al final, peor para los intereses norteamericanos y los derechos humanos de la población china. Pero el libro de Mann es dañino, sobre todo, porque formula una cuestión equivocada. En vez plantearse “¿Cómo podemos cambiar China?”, yo preguntaría: “¿Cómo está cambiando China? o ¿El cambio en China exige cambios en Estados Unidos?” Mann no está de acuerdo. Veremos quién tiene razón, y no va a hacer falta esperar decenios para saberlo.

Es su fiesta, pueden hacer lo que quieran –James Mann

Es significativo que David Lampton, instintivamente, vea las actuales críticas a las ideas estadounidenses sobre China a través del prisma de los 50. Pretende equiparar mi repaso a las teorías norteamericanas sobre el Imperio del Centro en 2007 a los debates sobre “¿quién perdió China?” que surgieron tras la revolución comunista. En concreto, establece una analogía con las campañas contra expertos como John Service en el país asiático.



gds/Licencia creativa pública

Esta comparación histórica es exagerada, ridícula.

Aquellos expertos en China de los 50 fueron objeto de investigaciones parlamentarias y acusaciones de deslealtad y traición y, en algunos casos, perdieron su empleo. Hoy no ocurre nada parecido. A los especialistas como Lampton les va muy bien. Por lo visto, no se le ocurre la posibilidad de que alguien pueda sentirse indignado por los abusos de los 50 y, al mismo tiempo, creer que, medio siglo después, los estadounidenses (incluidos los estudiosos) deberían mostrar más voluntad de condenar la constante represión política de toda la disidencia organizada en China. El intento de encasillar mi trabajo en un marco anticuado refleja un extraño sentido del victimismo o el deseo de desviar la atención.

Si la experiencia de EE UU en China en los 40 y 50 tiene algo que ver con la situación actual, es en que los especialistas en China que menciona Lampton fueron criticados después de advertir a Washington que el Gobierno del Kuomintang de Chiang Kai-shek era corrupto y tremendamente impopular, y que Washington, al aliarse con las élites nacionalistas en las ciudades chinas, estaba haciendo oídos sordos al descontento de cientos de millones de personas en el resto del país. Hoy da la impresión de que EE UU puede estar cometiendo un error comparable en sus tratos con la China comunista y su nueva alianza con las élites de Shanghai y Pekín.

Lampton me acusa de responsabilizar a los especialistas sobre el *gigante asiático* de lo que ocurre en aquel país. Mi libro no hace nada de eso. Pone en tela de juicio el lenguaje, la lógica y las teorías de los líderes políticos, los directivos

empresariales y los especialistas en China, sobre todo en el caso de los primeros. Pero éste no es más que uno de los varios errores graves que comete en su crítica.

Lo cierto es que merece la pena examinar lo que dicen y hacen los académicos acerca de el Imperio del Centro, sobre todo en el terreno público, así como las actitudes de los políticos y los directivos empresariales. La influencia del dinero en el debate sobre la política de Estados Unidos respecto a China empezó a interesarme cuando era corresponsal de prensa allí, en los 80. Escribí sobre los efectos del capital procedente de Taiwan en Washington, por ejemplo, en la financiación de *think tanks*. A varios de los principales especialistas en China de Estados Unidos –entre ellos, David Shambaugh y el difunto Michel Oksenberg– les encantó, y me animaron a que siguiera escribiendo sobre los intereses económicos.

Los tiempos han cambiado. Veinte años después, la influencia del dinero de Taiwan en EE UU se ha visto empequeñecida por las sumas mucho mayores que invierten las grandes multinacionales estadounidenses que hacen negocios con o en la República Popular China (y que, en algunos casos, trasladan allí puestos de trabajo). Pese a ello, hoy da la impresión de que los expertos en este país ya no se quejan tanto de este tipo de influencia en el debate. A veces, esos intereses económicos cada vez mayores les alcanzan también a ellos.

Al final del artículo de Lampton podemos leer que, además de su labor académica, ahora trabaja para Akin Gump, una de las dos o tres principales firmas de Washington dedicadas a trabajar con los grupos de presión en el ámbito legislativo. Es de elogiar que él y *FP* hagan esa revelación, que permite que los lectores juzguen por sí mismos hasta qué punto puede influir ese dato en sus opiniones sobre, por ejemplo, las relaciones económicas de EE UU con China.

Lampton dice que el pueblo chino, hoy, “tiene mucha más libertad para hacer realidad sus posibilidades individuales”. No me cabe duda de que lo cree sinceramente. En mi opinión, refleja una visión

desde arriba de lo que está ocurriendo en ese país. Muchas personas pertenecientes a las nuevas élites urbanas estarían de acuerdo con él, pero es posible que muchos cientos de millones de chinos no lo vean así. Desde luego, no lo sabemos con seguridad, y eso es precisamente lo importante: no podemos averiguar de verdad lo que piensan los habitantes del *gigante asiático* sobre su vida y su gobierno hasta que no se les dé la oportunidad de manifestar sus opiniones. Y eso es lo que el Partido Comunista sigue impidiendo a toda costa.

Por último, dice que mi libro plantea la pregunta: “¿Cómo podemos cambiar China?”. Otro error: no dice eso en absoluto. Por el contrario, se centra por completo en el hecho de que este Estado unipartidista no está destinado a cambiar, por más que los dirigentes norteamericanos hayan sugerido repetidamente que el comercio y las inversiones van a transformar el sistema político. Ésa es la falsa promesa que llevan tiempo haciendo diversos partidarios de la estrategia del compromiso.

Impaciencia peligrosa –Lampton

Mann ya tiene claro el futuro del país asiático. Dice que es un “hecho” que “el Estado de partido único de China no está destinado a cambiar”. Impaciente y frustrado, Mann llega a la conclusión de que la política de Estados Unidos respecto al Imperio del Centro es el resultado de un “fraude” cometido por hombres de negocios que sólo miran por sus propios intereses o una “fantasía” impulsada por estudiosos y analistas ingenuos y, tal vez, incluso corruptos. Cuando a los estadounidenses se les caiga la venda de los ojos y se den cuenta de que la situación de los derechos políticos en China no mejora pronto, instarán a su gobierno a que introduzca drásticos cambios en su estrategia respecto a este país.

El ingenuo es Mann. La verdad es que la política de Estados Unidos respecto a la República Popular China no ha estado nunca basada en la idea de que ésta iba a progresar rápidamente hacia la democracia. La democratización, dice él, impulsa otros

objetivos válidos. Pero, hasta ahora, ese argumento no ha prevalecido nunca en política. ¿Por qué no? En primer lugar, ¿sería capaz EE UU de lograrlo o promoverlo? Pensemos en las intervenciones estadounidenses en Haití, Afganistán e Irak. O, si prefiere hablar de las violaciones de los derechos humanos, pensemos en Myanmar (antigua Birmania), Cuba, Irán, Siria, Corea del Norte y Libia. Además, se tarda tiempo en construir unas instituciones políticas democráticas. Hay que dejar que cada sociedad encuentre su propio ritmo para avanzar hacia una forma de gobierno más pluralista, participativa y humana.

Más de lo mismo –Mann

Lampton no responde a mis argumentos. Se refugia una vez más en fórmulas rancias, como “una forma de gobierno más humana” en China, un nuevo eufemismo para la aceptación del sistema unipartidista actual.

Mi principal argumento es que el cambio político en el país asiático no es inevitable, como sugiere Lampton. De hecho, el régimen actual tiene grandes probabilidades de durar mucho tiempo. La afirmación de que el comercio impulsa el cambio político se utilizó con el fin de obtener apoyos para unas políticas económicas de Washington que han demostrado beneficiar, sobre todo, a EE UU y a las grandes multinacionales. Ahora, Lampton dice que hay que dejar de aspirar a una gran transformación y conformarse con una forma de gobierno más humana por parte de un Estado de partido único que no permite que haya una oposición organizada. Es una verdadera lástima.

Fecha de creación

6 agosto, 2007